

843  
A.

P. Q. 2362  
E 68



**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS**

Tip. EL ANUARIO DE LA EXPORTACIÓN, Paseo de S. Juan, 54  
(Obra compuesta con máquinas LINOTYPE)



## CAPITULO PRIMERO

En los primeros días del mes de Octubre de 181..., el coronel sir Thomas Nevil, irlandés, oficial distinguido del ejército inglés, descendió con su hija en el hotel Beauveau, de Marsella, de vuelta de un viaje á Italia. La admiración continua de los viajeros entusiastas ha producido una reacción, y, para singularizarse, muchos turistas toman hoy por divisa el «nihil admirari», de Horacio. A esta clase de viajeros descontentos pertenecía miss Lydia, hija única del coronel. «La Transfiguración» le había parecido mediana, el Vesubio en erupción, apenas superior á las chimeneas de las fábricas de Birmingham. En suma, su gran objeción contra Italia era que este país carecía de color local, de carácter. Explique quien pueda el sentido de estas palabras, que yo comprendía muy bien hace algunos años, y que no oigo ya hoy. Al principio, miss Lydia se lisonjeaba de encontrar al otro lado de los Alpes cosas que nadie había visto antes que



ella, y de las cuales podría hablar con la gente honrada, como dice M. Jourdain. Pero muy pronto, anticipada en todas partes por sus compatriotas, y desesperando de encontrar nada desconocido, tomó el partido opuesto. Es muy desagradable, en efecto, no poder hablar de las maravillas de Italia sin que alguno os diga: «¿Conocéis sin duda el Rafael del palacio..., en...? Es lo que hay de más bello en Italia».—Y esto es precisamente lo que se ha dejado de ver. Como se necesita mucho para verlo todo, lo más sencillo es formar el propósito de condenarlo.

En el hotel Beauveau, miss Lydia tuvo una amarga contrariedad. Ella poseía un lindo croquis de la puerta pelásgica ó ciclopeyana de Segni, que creía olvidada por los dibujantes. Luego, lady Frances Fenwich, encontrándola en Marsella, le mostró su álbum, donde, entre un soneto y una flor desecada, figuraba la puerta en cuestión, iluminada á gran color. Miss Lydia dió la puerta de Segni á su doncella, y perdió toda estima por las construcciones pelásgicas.

Estas tristes disposiciones eran compartidas por el coronel Nevil, quien, desde la muerte de su mujer, no veía las cosas sino por los ojos de miss Lydia. Para él, Italia tenía el defecto de haber disgustado á su hija, y por consecuencia era el país más aburrido del mundo.

No tenía nada que decir, es verdad, contra los cuadros y las estatuas; pero lo que podía asegurar, es que la caza era miserable en aquel país, y que era preciso andar diez leguas en pleno sol en la campiña de Roma para matar algunas perdices rojas. Al día siguiente de su llegada á Marsella, invitó á comer al capitán Ellis, su antiguo ayudante, que acababa de pasar seis semanas en Córcega. El capitán contó muy bien á miss Lydia una historia de bandidos que tenía

el mérito de no parecerse en nada á las historias de ladrones de las cuales le habían hablado á menudo en el camino de Roma á Nápoles. A los postres, los dos hombres, quedados solos con algunas botellas de Burdeos, hablaron de caza, y el coronel supo que no hay país donde sea más bella que en Córcega, más variada, más abundante. «Se ven muchos jabalíes, decía el capitán Ellis, y es preciso saber distinguirlos de los cerdos domésticos, que se les parecen de una manera admirable; porque, matando cerdos, se hace un mal negocio con sus guardianes. Ellos salen de un soto que llaman «mâquis», armados hasta los dientes, se hacen pagar sus animales y se burlan de V. Tenéis además el muflon, animal muy raro que no se encuentra en ninguna otra parte, famosa caza, pero difícil. Ciervos, gamos, faisanes, perdices, no se podrían nombrar todas las especies de caza que abundan en Córcega. Si os gusta tirar, id á Córcega, coronel; allí, como decía uno de mis huéspedes, podréis tirar sobre todas las cazas posibles, desde el zorzal hasta el hombre». En el té, el capitán encantó de nuevo á miss Lydia con una historia de venganza «transversal», aun más rara que la primera, y acabó de entusiasmarla por Córcega, describiéndola el aspecto extraño, salvaje, del país, el carácter original de sus habitantes, su hospitalidad y sus costumbres primitivas. En fin, puso á sus pies un lindo pequeño estilete, menos notable por su forma y su montura en cobre, que por su origen. Un famoso bandido lo había cedido al capitán Ellis, garantido por haberse metido en cuatro cuerpos humanos. Miss Lydia se lo puso en la cintura, lo colocó sobre su mesa de noche, y lo sacó dos veces de su funda antes de dormirse. Por su parte, el coronel soñó que mataba un carnero salvaje y que el propietario le



hacia pagar su precio, á lo que él se prestaba voluntario, porque era un animal muy raro, que se parecía á un jabalí, con cuernos de ciervo y una cola de faisán.

—Ellis cuenta que hay una caza admirable en Córcega, dijo el coronel almorzando frente á frente con su hija; si no estuviese tan lejos, me gustaría pasar allí quince días.

—¡Y bien! respondió miss Lydia, ¿por qué no hemos de ir á Córcega? Mientras V. caza, yo dibujo; me encantaría poseer en mi álbum la gruta de que hablaba el capitán Ellis, donde Bonaparte iba á estudiar en su infancia.

Era quizás la primera vez que un deseo manifestado por el coronel había tenido la aprobación de su hija. Encantado de esta coincidencia inesperada, tuvo el buen sentido de hacer algunas objeciones para irritar el feliz capricho de miss Lydia. En vano habló del salvajismo del país y de la dificultad para una mujer de viajar por él: ella no temía nada; gustaba sobre todo de viajar á caballo; consideraba una alegría dormir al vivac; amenazaba con ir al Asia Menor. En resumen, tenía contestación para todo, porque ninguna inglesa había estado Córcega; por lo tanto, ella debía ir. ¡Y qué felicidad, de vuelta en *Saint-James's place*, enseñar su álbum! «¿Por qué, pues, querida mía, pasáis ese encantador dibujo? —¡Oh! no es nada. Es un croquis que yo he hecho de un famoso bandido corso que nos sirvió de guía.—¡Cómo! ¿habéis estado en Córcega?...»

Los barcos de vapor no existían aún entre Francia y Córcega, y se inquirió por un navío que partiese para la isla que miss Lydia se proponía descubrir. Aquel mismo día, escribió el coronel á París para devolver el billete del departamento que debía recibirlo, é hizo trato con el patrón de una goleta corsa que iba á hacer

vela para Ajaccio. Tenía dos cámaras regulares. Se embarcaron provisiones; el patrón juró que un viejo marinero suyo era un cocinero estimable y no tenía parecido para ciertos platos; prometió que la señorita estaría convenientemente, que habría buen viento, buena mar.

Además, según los deseos de su hija, el coronel estipuló que el capitán no tomaría ningún pasajero, y que se arreglaría para rasar las costas de la isla de manera que se pudiese gozar de la vista de las montañas.







## II

El día fijado para la partida, todo estaba embalado, embarcado desde por la mañana: la goleta debía partir con la brisa de la tarde. Esperando, el coronel se paseaba con su hija por la Canebière, cuando lo abordó el patrón para pedirle permiso de admitir á bordo á uno de sus parientes, es decir, al primo pequeño del padrino de su hijo mayor, el cual volviendo á Córcega, su país natal, para negocios urgentes, no podía encontrar navío que lo llevase.

—Es un buen muchacho, agregó el capitán Matei, militar, oficial de los cazadores á pie de la guardia, y que sería ya coronel si el Otro fuese aún emperador.

—Puesto que es un militar, dijo el coronel... iba á agregar: Consiento gustoso en que venga con nosotros... pero miss Lydia repuso en inglés:

—¡Un oficial de infantería!... (habiendo servido su padre en caballería, sentía desprecio por todos los demás cuerpos) un hombre sin educación, quizás, que se mareará, y que nos quitará todo el placer de la travesía.

El patrón no entendía una palabra de inglés, pero pareció comprender lo que decía miss Lydia por el pequeño movimiento de su linda boca,



y comenzó un elogio caluroso de su pariente, que terminó asegurando era un hombre distinguido, de una familia de Cabos, y que no molestaría en nada al señor coronel, porque él, el patrón, se encargaba de alojarlo en un rincón donde ni siquiera notaran su presencia.

El coronel y miss Nevil hallaron singular que hubiese en Córcega familias que fuesen cabos de padres á hijos; pero como pensaba piadosamente que se trataba de un cabo de infantería, concluyeron por considerar que se trataba de algún pobre diablo que el patrón quería llevar por caridad. Si se hubiera tratado de un oficial, se hubieran visto precisados á hablarle, á vivir con él; pero con un cabo no había que molestarle y es un ser sin consecuencia cuando su escuadra no está allí, con la bayoneta calada para llevaros donde no tenéis ganas de ir.

—¿Se marea vuestro pariente? preguntó miss Nevil con un tono seco.

—Nunca, señorita; el corazón firme como una roca, lo mismo en tierra que en el mar.

—¡Pues bien! podéis llevarlo, dijo.

—Podéis llevarlo, repitió el coronel, y continuaron su paseo.

Hacia las cinco de la tarde, vino el capitán Matei á buscarlos para embarcar en la goleta. En el puerto, cerca del bote del capitán, hallaron un joven muy alto, vestido con una levita azul abotonada hasta la barba, el cutis moreno, los ojos negros, vivos, bien rasgados, el aire franco y espiritual. En el modo de levantar los hombros, en su pequeño bigote rizado, se reconocía fácilmente un militar; porque en esta época, los bigotes no corrían las calles y la guardia nacional no había aún introducido en todas las familias el vestir con las costumbres del cuerpo de guardia. El joven se descubrió al ver al coronel, y le

dió las gracias con desembarazo y en buenos términos por el favor que le hacía.

—Contento de seros útil, muchacho, dijo el coronel haciéndole un amigable movimiento de cabeza.

Y entró en el bote.

—No está incomodado vuestro inglés, dijo muy bajo en italiano el joven al patrón.

Este colocó su índice bajo su ojo izquierdo y bajó los dos extremos de la boca. Para quien comprende el lenguaje de los signos, esto quería decir que el inglés entendía el italiano y que era un hombre raro.

El joven sonrió ligeramente, tocó su frente en respuesta al signo de Matei, como para decirle que todos los ingleses tenían algo de extravagante en la cabeza; se sentó después cerca del patrón, y consideró con mucha atención, pero sin impertinencia, á su linda compañera de viaje.

—Tienen buen talante, esos soldados franceses, dijo el coronel á su hija en inglés; así se hacen de ellos fácilmente oficiales.

Después, dirigiéndose en francés al joven:

—Decidme, militar, ¿en qué regimiento habéis servido?

Este tocó ligeramente con el codo al padre del ahijado de su pequeño primo, y conteniendo una irónica sonrisa, respondió que había estado en los cazadores á pie de la guardia, y que ahora salía del 7.º ligero.

—¿Habéis estado en Waterloo? Sois muy joven.

—Perdón, mi coronel; es mi única campaña.

—Ella cuenta doble, dijo el coronel.

El joven corso se mordió los labios

—Papá, dijo miss Lydia en inglés, preguntadle, pues, si los corsos quieren mucho á su Bonaparte.



Antes que el coronel hubiese traducido la pregunta en francés, el joven respondió en bastante buen inglés, aunque con un acento pronunciado:

—Sabéis, señorita, que ninguno es profeta en su patria. Nosotros, compatriotas de Napoleón, lo queremos quizás menos que los franceses. En cuanto á mí, aunque mi familia ha sido en otro tiempo enemiga de la suya, le quiero y le admiro.

—¡Habláis inglés! repuso el coronel.

—Muy mal, como podéis ver.

Aunque un poco molesta de su tono resuelto, miss Lydia no pudo por menos que reír pensando en una enemistad personal entre un cabo y un emperador. Esto le produjo como un goce anticipado de las singularidades de Córcega, y se propuso anotar el rasgo en su diario.

—¿Habéis estado quizás prisionero en Inglaterra? preguntó el coronel.

—No, mi coronel, he aprendido el inglés en Francia, siendo muy joven, de un prisionero de vuestra nación.

Después, dirigiéndose á miss Nevil:

—Matei me ha dicho que venís de Italia. Habláis sin duda el puro toscano, señorita; temo que os cueste algún trabajo comprender nuestro dialecto.

—Mi hija sabe todos los dialectos italianos, respondió el coronel; tiene el dón de los idiomas. No es como yo.

—¿La señorita comprenderá, por ejemplo, estos versos de una de nuestras canciones corsas? Es un pastor que dice á una pastora:

S' entrassi 'ndru paradisu santu, santa,  
E nun trovassi a tia, mi n' esciria.

Miss Lydia comprendió, y hallando la cita un poco audaz, y más aun la mirada que la acompañaba, respondió sonrojándose: «Capisco».

—Y vos, ¿volvéis á vuestro país con licencia semestral? preguntó el coronel.

—No, mi coronel. Me han puesto á medio sueldo, probablemente porque he estado en Waterloo y porque soy compatriota de Napoleón. Vuelvo á mi casa, ligero de esperanza, ligero de dinero, como dice la canción.

Y suspiró mirando al cielo.

—El coronel metió la mano en su bolsillo, y, dando vuelta entre sus dedos á una moneda de oro, buscaba una frase para deslizarla cortésmente en la mano de su desgraciado enemigo.

—A mí también, dijo con un tono de buen humor, me han puesto á medio sueldo; pero... con vuestro medio sueldo no tendréis para comprar tabaco. Tomad, cabo.

É intentó hacer entrar la pieza de oro en la mano cerrada que el joven apoyaba en el bordo del bote.

El corso enrojeció, se irguió, se mordió los labios, y parecía dispuesto á responder con arrebatado, cuando de repente, cambiando de expresión, soltó una carcajada. El coronel, con la moneda en la mano, quedó sorprendido.

—Coronel, dijo el joven recobrando su seriedad; permitidme haceros dos advertencias: La primera, es de no ofrecer nunca dinero á ningún corso, porque hay compatriotas míos tan poco delicados, que os lo tirarían á la cabeza; la segunda, es que no deis á nadie títulos que no reclaman. Me llamáis cabo y soy teniente. Sin duda la diferencia no es mucha, pero...

—Teniente, repuso sir Thomas, teniente; pero el patrón me ha dicho que sois cabo, así como vuestro padre y todos los hombres de vuestra fa-



milia. Al oír estas palabras, el joven, dejándose llevar por un deseo súbito, se rió grandemente, y con tanta gana, que el patrón y sus dos marineros le hicieron coro.

—Perdón, coronel, dijo en fin el joven; pero el *quid pro quo* es admirable, y en seguida lo he comprendido. En efecto, mi familia se vanagloria de contar cabos entre sus ascendientes; pero nuestros cabos corsos no han tenido nunca galones en sus vestidos. Hacia el año de gracia de 1,100, algunas regiones se revolucionaron contra la tiranía de los grandes señores montañeses; se escogieron jefes que se denominaron «cabos». En nuestra isla, llevamos á honor descender de esas especies de tribunos.

—¡Perdón, señor! dijo el coronel, mil veces perdón. Puesto que conocéis la causa de mi desprecio, espero que querréis perdonarlo.

Y le tendió la mano.

—Es el justo castigo de mi pequeño orgullo, coronel, dijo el joven riendo siempre y apretando cordialmente la mano del inglés; no por ello desmerecéis nada en mi consideración. Puesto que mi amigo Matei me ha presentado tan mal, permitidme el presentarme yo mismo: me llamo Orso della Rebbia, teniente á medio sueldo, y si, como presumo al ver esos dos hermosos perros, venís á Córcega para cazar, me consideraría muy dichoso haciéndoos los honores de nuestros bosques y de nuestras montañas... si no los he olvidado aún, agregó suspirando.

En este momento el bote llegaba á la goleta. El teniente ofreció la mano á miss Lydia, y ayudó al coronel á subir sobre cubierta. Allí, sir Thomas, siempre muy apenado de su desprecio, y no sabiendo cómo hacer olvidar su impertinencia á un hombre que databa del año 1,100, sin esperar el asentimiento de su hija, le invitó á cenar

renovándole sus excusas y sus apretones de mano.

Miss Lydia fruncía un poco las cejas, pero, después de todo, no estaba disgustada de saber lo que era un cabo; su huésped no le había desagradado, empezaba hasta á encontrarle un no sé qué aristocrático; solamente tenía el aire muy franco y muy alegre para un héroe de romance.

—Teniente della Rebbia, dijo el coronel saludándole á la manera inglesa, con un vaso de vino de Madera en la mano, yo he visto en España muchos de vuestros compatriotas: eran de la famosa infantería de tiradores.

—Sí, muchos quedaron en España, dijo el joven teniente en tono serio.

—No olvidaré nunca la conducta de un batallón corso en la batalla de Vitoria, prosiguió el coronel. Debo recordarlo, agregó frotándose el pecho. Todo el día habían estado de tiradores en los jardines, detrás de los vallados, y nos habían matado yo no sé cuántos hombres y caballos.

Decidida la retirada, se reunieron y se pusieron á desfilar con presteza. En el llano, esperábamos tomar la revancha, pero los bribones... dispensad, teniente,—aquellos valientes, digo, se habían formado en cuadro, y no había medio de romperlo. En medio del cuadro, creo verlo aún, había un oficial montado en un pequeño caballo negro; estaba al lado del águila, fumando su cigarro como si hubiera estado en el café.

Algunas veces, como para desafiarnos, su música nos tocaba algunas piezas... Lanzo sobre ellos mis dos primeros escuadrones... ¡Ah! en el lugar de morder en el frente del cuadro, he ahí mis dragones que pasan al lado, después dan media vuelta, y vuelven en desorden y más de un caballo sin jinete... ¡y siempre la endiablada



música! Cuando se disipó el humo que envolvía al batallón, volví á ver al oficial al lado del águila, fumando aún su cigarro. Rabioso, yo mismo me puse á la cabeza de una última carga. Sus fusiles, fundidos á fuerza de tirar, no disparaban ya, pero los soldados estaban formados en seis filas, con la bayoneta en la nariz de los caballos; parecía un muro.

Yo grité, exhorté á mis dragones, apreté las espuelas para hacer avanzar mi caballo, cuando el oficial de que os hablo, tirando al fin su cigarro, me mostró con la mano á uno de sus hombres. Entendí algo así, como: *¡Al capello bianco!* Yo tenía un plumero blanco. No oí más, porque una bala me atravesó el pecho.—Era un buen batallón, señor della Rebbia, el primero del 18 ligero, todos corsos según me dijeron después.

—Sí, dijo Orso, cuyos ojos brillaban durante este relato, sostuvieron la retirada y condujeron su águila; pero las dos terceras partes de esos valientes duermen hoy en el llano de Vitoria.

—¿Por casualidad! ¿sabéis el nombre del oficial que los mandaba?

—Era mi padre. Tenía entonces la graduación de mayor en el 18, y fué ascendido á coronel por su conducta en aquel triste día.

—¿Vuestro padre! ¿Por mi fe que era un valiente! Tendría gusto en volverlo á ver, y le reconocería, estoy seguro. ¿Vive aún?

—No, coronel, dijo el joven palideciendo ligeramente.

—¿Estuvo en Waterloo?

—Sí, coronel, pero no tuvo la felicidad de caer en el campo de batalla... Murió en Córcega... hace dos años... ¡Dios mío! ¡qué hermoso es este mar! hace diez años que no veo el Mediterráneo.—¿No os parece el Mediterráneo más bello que el Océano, señorita?

—Lo encuentro muy azul... y las olas carecen de grandeza.

—¿Amáis la belleza salvaje, señorita? En ese caso, creo que Córcega os agradará.

—Mi hija, dijo el coronel, ama todo lo que es extraordinario; por eso no le ha gustado mucho Italia.

—No conozco de Italia, dijo Orso, más que Pisa, donde estuve algún tiempo en el colegio; pero no puedo pensar sin admiración en el Campo-Santo, en el Dôme, en la Torre inclinada... sobre todo en el Campo-Santo. Os acordáis de la muerte de Orcagna... Creo que podría dibujarla, de tal modo ha quedado en mi memoria.

Miss Lydia temió que el señor teniente se empeñase en alguna sesión de entusiasmo.

—Es muy lindo, dijo, bostezando. Dispensad, padre mío, me duele un poco la cabeza y voy á descender á mi dormitorio.

Besó á su padre en la frente, hizo una majestuosa inclinación de cabeza á Orso y desapareció. Los dos hombres hablaron entonces de caza y de guerra. Supieron que en Waterloo estuvieron frente á frente, y que habían debido cambiar muchas balas. Su buena inteligencia aumentó. Los dos criticaron á Napoleón, á Wellington, á Blücher; después cazaron juntos, gamos, jabalíes y carneros salvajes. En fin, estando ya la noche muy avanzada y habiendo consumido la última botella de Burdeos, el coronel estrechó de nuevo la mano del teniente deseándole buena noche, expresándole la esperanza de cultivar un conocimiento comenzado de una manera tan ridícula. Se separaron, y cada uno fué á acostarse.





### III

La noche era hermosa, la luna jugueteaba con las olas, y el navío vogaba dulcemente á impulso de una brisa ligera. Miss Lydia no tenía ganas de dormir, y sólo la presencia de un profano la había impedido de gustar esas emociones que en el mar y á la luz de la luna todo ser humano experimenta cuando hay dos granos de poesía en el corazón. Cuando juzgó que el joven teniente dormía á pierna suerta, como un ser prosaico que era, se levantó, tomó un abrigo, despertó á su doncella y subió á cubierta. Allí no había nadie, más que un marinero al timón, el cual cantaba una especie de lamento en dialecto corso, con un aire salvaje y monótono. En la calma de la noche, esta extraña música tenía su encanto. Desgraciadamente miss Lydia no comprendía perfectamente lo que el marinero cantaba. En medio de muchos lugares comunes, un verso enérgico excitaba vivamente su curiosidad, pero muy pronto, en el más bello momento, llegaban algunas palabras de dialecto cuyo sentido desconocía. Comprendió, sin embargo, que era cuestión de un asesinato. Imprecaciones contra los asesinos, amenazas de venganza, el elogio del muerto, todo esto se mezclaba confundido. Ella



retuvo algunos versos; voy á intentar traducirlos:

«... Ni los cañones, ni las bayonetas—han hecho palidecer su frente,—sereno en un campo de batalla—como un cielo de primavera.—El era el alcón amigo del águila,—miel de las arenas para sus amigos,—para sus enemigos el mar iracundo.—Más alto que el sol,—más dulce que la luna.—Al que los enemigos de Francia—no aguardaron nunca,—asesinos de su país—lo han herido por la espalda,—como Vittolo mató á Sampiero Corso.—Nunca hubieran osado mirarle de frente.—... Colocad en la pared, delante de mi lecho,—mi cruz de honor bien ganada.—Roja es su cinta.—Más roja mi camisa.—A mi hijo, mi hijo en lejano país,—guardad mi cruz y mi camisa ensangrentada.—El verá en ella dos agujeros.—Por cada agujero, un agujero en otra camisa.—¿Pero la venganza quedará cumplida entonces?—Necesito la mano que tiró,—el ojo que apuntó,—el corazón que tuvo el valor...»

El marinero se detuvo de repente.

—¿Por qué no continuáis, amigo mío? preguntó miss Nevil.

El marinero, con un movimiento de cabeza le mostró una figura que salía de una gran escotilla de la goleta: era Orso que venía á gozar de la luz de la luna.

—Terminad pues vuestro lamento, dijo miss Lydia; me causaba gran placer.

El marinero se inclinó hacia ella y le dijo muy bajo:

—Yo no doy el *rimbecco* á nadie.

—¿Cómo? ¿el...?

El marinero, sin responderle, se puso á silbar.

—Os invito á admirar nuestro Mediterráneo, miss Nevil, dijo Orso avanzando hacia ella. Con-

venid en que no se ve en ninguna parte una luna como ésta.

—Yo no la miraba. Estaba muy ocupada en estudiar el corso. Ese marinero, que cantaba una canción de las más trágicas, se ha detenido en el momento más interesante.

El marinero se inclinó como para ver mejor la brújula, y tiró rudamente del abrigo de miss Nevil. Era evidente que su canción no podía ser cantada delante del teniente Orso.

—¿Qué cantabas, Paolo Francé? dijo Orso; ¿era una *batalla*? ¿un *vocero*? La señorita te comprende y quisiera oír el final.

—Lo he olvidado, Ors' Anton, dijo el marinero.

Y en seguida se puso á entonar con voz estentórea un cántico á la Virgen.

Miss Lydia escuchó el cántico con distracción y no instó más al cantor, prometiéndose averiguar más tarde la palabra del enigma. Pero su doncella, que siendo de Florencia, no entendía mejor que su ama el dialecto corso, deseaba inscribirse también; dirigiéndose á Orso antes que ésta pudiera advertirla por un toque con el codo:

—Señor capitán, le dijo, ¿qué quiere decir *donner le rimbecco*?

—El *rimbecco*! dijo Orso, es hacer la injuria más mortal á un corso: es reprocharle de no haberse vengado. ¿Quién os ha hablado de *rimbecco*?

—Fué ayer en Marsella, respondió miss Lydia con presteza, que el patrón de la goleta se sirvió de esa palabra.

—¿Y de quién hablaba? preguntó Orso con vivacidad.

—¡Oh! nos contaba una antigua historia... del tiempo de... sí, creo que era á propósito de Vannina d' Ornano.

—¿La muerte de Vannina, supongo, señorita,



que no os ha hecho amar mucho á nuestro héroe, el bravo Sampiero?

—¿Pero os parece que eso sea heroísmo?

—Su crimen tiene por excusa las costumbres salvajes de la época; y además, Sampiero hacía una guerra á muerte á los genoveses: ¿qué confianza podían tener en él sus compatriotas, si no había castigado á la que quería tratar con Génova?

—Vannina, dijo el marinero, había partido sin el permiso de su marido; Sampiero hizo bien torciéndole el cuello.

—Pero, repuso miss Lydia, era para salvar á su marido, era por amor á él, que iba á pedir su perdón á los genoveses.

—¿Pedir su perdón, era deshonrarlo! gritó Orso.

—¿Y matarla él mismo! prosiguió miss Nevil. ¡Qué monstruo debía ser!

—Sabéis que ella le pidió como favor perecer á sus manos. A Otelo, señorita, ¿lo consideráis también como un monstruo?

—¿Qué diferencia! él estaba celoso; Sampiero sólo tenía vanidad.

—Y los celos, ¿no son también vanidad? ¿Es la vanidad del amor, y vos lo excusaréis quizás, en favor del motivo?

Miss Lydia le dirigió una mirada llena de dignidad, y, dirigiéndose al marinero, le preguntó cuándo llegaría la goleta al puerto.

—Pasado mañana, dijo, si el viento continúa.

—Yo quisiera ver ya Ajaccio, porque este navío me hastía.

Se levantó, tomó el brazo de su doncella y dió algunos pasos por el puente. Orso quedó inmóvil cerca del timonel, no sabiendo si debía pasearse con ella ó terminar una conversación que parecía importunarla.

—¡Hermosa joven, por la sangre de la Madonna! dijo el marinero; ¡si todas las pulgas de mi cama se le pareciesen, no me quejaría de ser mordido por ellas!

Miss Lydia oyó quizás este sencillo elogio de su belleza y se amedrentó, porque descendió casi en seguida á su camarote. Muy poco después se retiró Orso á su vez. En cuanto hubo abandonado el puente, la doncella subió de nuevo, y después de haber hecho sufrir un interrogatorio al marinero, llevó los informes siguientes á su dueña: la batalla interrumpida por la presencia de Orso había sido compuesta con motivo de la muerte del coronel della Rebbia, padre del antes dicho, asesinado hacía dos años.

El marinero no dudaba que Orso volvía á Córcega para *tomar la venganza*, ésta era su expresión, y afirmaba que antes de poco se vería *carne fresca* en el lugar de Pietranera. Echa traducción de este término nacional, resultaba que el señor Orso se proponía asesinar á dos ó tres personas sospechosas de haber asesinado á su padre, las cuales, en verdad, habían sido buscadas por la justicia á consecuencia de este hecho, pero se había visto burlada, en atención á que tenían en su favor, jueces, abogados, prefectos y gendarmes.

—No hay justicia en Córcega, agregaba el marinero, y yo hago más caso de un buen fusil que de un consejero de la corte real. Cuando se tiene un enemigo, hay que escoger entre las tres S.

Estas noticias interesantes cambiaron de una manera notable las maneras y las disposiciones de miss Lydia hacia el teniente della Rebbia. Desde este momento se había convertido en un personaje á los ojos de la romántica inglesa. Ahora este aire de indolencia, este tono de fran-



queza y de buen humor, que al principio le habían prevenido desfavorablemente, se convertía para ella en un mérito más, porque era el profundo disimulo de un alma enérgica, que no deja traslucir al exterior ninguno de los sentimientos que encierra. Orso le pareció una especie de Fiesque, ocultando vastos designios bajo una apariencia de ligereza; y, aunque no sea tan digno de aprobación matar á algunos infames como libertar á su patria, sin embargo, una buena venganza es hermosa; y además las mujeres gustan mucho que un héroe no sea hombre político. Solamente entonces notó miss Nevil que el joven teniente tenía ojos grandes, dientes blancos, talle elegante, educación y algún uso del mundo.

Le habló con frecuencia al día siguiente, y su conversación le interesó. Fué largamente interrogado sobre su país, y habló bien de él. La Córcega, que había abandonado muy joven, al principio para ir al colegio, y después á la escuela militar, había quedado en su imaginación adornada de colores poéticos. Se animaba hablando de sus montañas, de sus forestas, de las originales costumbres de sus habitantes.

Como puede suponerse, la palabra *venganza* se presentó más de una vez en la conversación, porque es imposible hablar de los corsos sin atacar ó justificar su pasión proverbial. Orso sorprendió un poco á miss Nevil condenando de una manera general los interminables odios de sus compatriotas. En los aldeanos, siempre buscaba excusas y pretendía que la *vendetta* es el duelo de los pobres. «Tan verdad es esto, decía, que sólo se asesina después de un desafío en regla. «Guárdate, yo me guardo», tales son las palabras sacramentales que cambian dos enemigos antes de tenderse emboscadas el uno al otro. Hay más asesinatos en nosotros, agregaba, que en ninguna

otra parte; pero nunca hallaréis una causa innoce en esos crímenes. Tenemos, es verdad, muchos asesinos, pero ningún ladrón».

Cuando pronunciaba las palabras de venganza y muerte, miss Lydia le miraba atentamente, pero sin descubrir en sus facciones la menor huella de emoción. Como había supuesto que él tenía la fuerza de alma necesaria para hacerse impenetrable á todos los ojos, excepto los suyos, por supuesto, continuó creyendo firmemente que los manes del coronel della Rebbia no esperarían mucho tiempo la satisfacción que reclamaban.

Ya estaba la goleta á la vista de Córcega. El patrón nombraba los principales puntos de la costa, y, aunque eran todos completamente desconocidos á miss Lydia, hallaba algún placer en saber sus nombres. Nada más fastidioso que un paisaje anónimo. A veces, el anteojo del coronel dejaba percibir algún insular vestido de paño oscuro, armado de un largo fusil, montado en un pequeño caballo, y galopando por pendientes rápidas.

Miss Lydia, en cada uno creía ver un bandido, ó bien un hijo marchando á vengar la muerte de su padre: pero Orso aseguraba que era algún pacífico habitante de la población vecina, viajando para sus negocios; que llevaba un fusil, menos por necesidad que por *galantería*, por moda, del mismo modo que un *dandy* sólo sale con un bastón elegante. Bien que un fusil sea un arma menos noble y menos poética que un estilete, miss Lydia hallaba que para un hombre eso era más elegante que un bastón, y recordaba que todos los héroes de lord Byron mueren de una bala, y no de un clásico puñal.

Después de tres días de navegación, se hallaron ante las Sanquinarias, y el magnífico panorama del golfo de Ajaccio se desrolló á los ojos de nuestros viajeros. Con razón se le compa-



ra á la bahía de Nápoles; y en el momento que la goleta entraba en el puerto, un soto ardiendo, cubriendo de humo la Punta di Girato, recordaba al Vesubio y aumentaba el parecido. Para que fuese completo, sería preciso que un ejército de Attila viniese á acampar en los alrededores de Nápoles; porque todo está muerto y desierto en las proximidades de Ajaccio.

En lugar de esas elegantes fábricas que se descubren por todas partes desde Castellamare hasta el cabo Misena, no se ve alrededor del golfo de Ajaccio más que sombríos bosques, y detrás, montañas peladas. Ni una ciudad, ni una vivienda. Solamente aquí y allá, sobre las alturas que rodean la ciudad, algunas construcciones blancas se destacan aisladas sobre un fondo de verdura; son capillas funerarias, tumbas de familia. Todo, en este paisaje, es de una belleza grave y triste. El aspecto de la ciudad, sobre todo en esta época, aumentaba aún la impresión causada por la soledad de sus alrededores. Ningún movimiento en las calles, donde sólo se encuentran algunas figuras ociosas, y siempre las mismas. Ninguna mujer, sino algunas campesinas que vienen á vender sus géneros.

No se oye hablar alto, reír, y cantar, como en las ciudades italianas. Algunas veces, á la sombra de un árbol del paseo, una docena de campesinos armados juegan á las cartas ó presencian el juego. No gritan, no disputan nunca; si el juego se anima, se oyen entonces pistoletazos, que siempre preceden á la amenaza.

El corso es de por sí grave y silencioso.

Por las tardes, aparecen algunas figuras para gozar del fresco, pero los paseantes del *Cours* son casi todos extranjeros. Los insulares quedan en sus puertas; cada uno parece al acecho como el alcón en su nido.



## IV

Después de haber visitado la casa donde nació Napoleón, después de haberse procurado por medios más ó menos católicos un poco del papel de la tapicería, miss Lydia, dos días después de haber desembarcado en Córcega, se sintió invadida por una profunda tristeza, como debe suceder á todo extranjero que se encuentre en un país cuyas costumbres insociables parecen condenarlo á un completo aislamiento. Se arrepintió de su deseo; pero partir en seguida, hubiera sido comprometer su reputación de viajera intrépida; miss Lydia se resignó, pues, á tener paciencia y á matar el tiempo como mejor pudiera. En esta generosa resolución, preparó lápices y colores, trazó vistas del golfo, é hizo el retrato de un campesino moreno, que vendía melones, como un hortelano del continente, pero que tenía una barba blanca y el aire del más feroz bandido que se pueda ver. No bastando esto para distraerla, resolvió trastornar la cabeza al descendiente de los cabos, y no era difícil la cosa, porque, lejos de apresurarse para volver á su pueblo, Orso parecía estar